

Gil Ambrona, Antonio, *Ignacio de Loyola y las mujeres. Benefactoras, jesuitas y fundadoras*, Madrid, Cátedra, 2017, 424 págs., ISBN: 978-84-376-3665-8.

La relación de los jesuitas, y de Ignacio de Loyola, en particular, con las mujeres siempre ha suscitado curiosidad y debate entre los historiadores, empezando por el conocido volumen de Hugo Rahner sobre *Ignaces et les femmes de son temps* (París, 1964). La hostilidad del fundador ante la idea de promover la constitución de una rama femenina de la orden mal se puede conciliar, de hecho, con las relaciones constantes e imprescindibles que, a raíz del crecimiento de la Compañía, tuvo Ignacio con algunas mujeres desde el momento en que su fundación fue reconocida oficialmente.

Aun así, puede decirse en general, que la presencia de las mujeres es una constante en la historia de la Compañía, ya sea como benefactoras o como figuras que contaron con una dirección espiritual de los jesuitas. Pese a la falta de una congregación de religiosas propia, esta presencia femenina en el devenir de los jesuitas resulta ser hoy una característica no solo europea sino también global, ya que en otros continentes diversos grupos de mujeres (desde catequistas japonesas y chinas a *beatas* argentinas) han trabajado en estrecho contacto con los misioneros ignacianos, desarrollando incluso funciones de sustitución de los propios religiosos, en una relación colaborativa pero que, en ocasiones, también ha generado algunos conflictos.

Esta breve introducción nos ayuda a entender la importancia de un libro como el de Antonio Gil Ambrona, que recorre la historia del fundador de la Compañía de Jesús a través de sus relaciones con distintas figuras femeninas. Gil Ambrona muestra una notable precisión en la recopilación de las fuentes, rebuscando en los archivos españoles para encontrar nuevos documentos y releendo de forma sistemática todos los que estaban dispersos en los *Monumenta Ignaziana* y, más en general, en los *Monumenta Historica Societatis Iesu*. Un punto de referencia esencial es obviamente la primera biografía importante de Ignacio de Loyola, obra de Pedro de Ribadeneyra, en la que ya su nacimiento aparece envuelto en una serie de sombras sobre la identidad de su madre. Sombras que, por otro lado, a falta de datos ciertos, ni tan siquiera el autor de este volumen llega a despejar del todo, sino es poniendo en duda de manera aún más drástica de cuanto se ha hecho hasta ahora que Ignacio hubiese sido hijo de doña Marina Sáenz de Licon, mujer de don Beltrán de Loyola. Se plantea así una cuestión que retoma incluso la idea de un supuesto origen hebrero de Ignacio, el cual, en el estado actual de la investigación, no puede darse por definitivo; no obstante, resulta bastante verosímil que tuviese relaciones de parentesco con algunos *conversos*.

Esta primera parte del volumen presenta, en realidad, un desarrollo un poco prolijo porque su análisis verdaderamente apasionado y detallado del estado de la cuestión no se corresponde con un avance sustancial de la interpretación de esta primera fase de la vida de Ignacio, lo cual lleva a pensar que quizás una síntesis mayor no hubiese perjudicado al conjunto del volumen. Es a partir del segundo capítulo que

se entra de lleno en algunas cuestiones más interesantes respecto a las ambiguas y contradictorias relaciones que tuvo Ignacio con el universo femenino. Fue, de hecho, después de su “conversión” (1521) cuando se inicia su relación con Inés Puyol (Pascual), figura de referencia de su primera predicación, que nos proyecta de inmediato en el que es seguramente uno de los temas centrales de la biografía ignaciana: su contacto con el alumbradismo. Es un hecho indiscutible que las *yñigas de Manresa* estuvieron vinculadas con los ambientes alumbrados y que la elaboración de los *Ejercicios espirituales* debe mucho a esta estancia en Manresa y a las relaciones que él estableció allí.

Otro tema central es el de las benefactoras de la orden: Ignacio recibió una atención especial de parte de algunas aristócratas españolas porque veían en él a una figura fiable, expresión de su propio modelo de referencia. Personajes tales como Isabel Roser, que mantendrá una larga correspondencia con Ignacio, lo sustentarán financieramente con la esperanza de que llegaría a fundarse una rama femenina de la Compañía, esperanza a la que Ignacio nunca dará cuerpo. La elección del autor vuelve a decantarse por una reconstrucción al detalle de la genealogía de Isabel Roser y si bien el lector se ve arrastrado a sumergirse en un relato ignaciano novelesco de indudable fascinación, el historiador queda insatisfecho porque las numerosas digresiones le desvían de aquello que debería ser el foco principal del libro.

Por lo que respecta al profetismo ignaciano, el autor recuerda el papel que desempeñó la figura de sor María de Santo Domingo en Manresa, sobre todo como transmisora del pensamiento de Ramón Llull (pero también a través de las familias Ferrer-Roser y Sapila-Gualbes). A diferencia de Guido Mongini (del cual no se hace ninguna referencia en la bibliografía), Gil Ambrona lleva hasta sus últimas consecuencias la trascendencia que tuvieron en él las redes de relaciones. Sostiene que, en esta fase de su vida –en su peregrinar de una ciudad española a otra–, Ignacio se vio influenciado sobre todo por los contactos que tuvo con las diversas personas que iba encontrándose. Se deja sentir en él más la influencia de su experiencia concreta y de lo que ésta le transmite de erasmismo, lulismo y alumbradismo (al que Gil Ambrona con una acertada expresión llama “puzle ignaciano” (p. 187)), que de un pensamiento coherente y meditado. Todo lo contrario, pues, de cuanto sostiene Mongini quien construye su hipótesis interpretativa de la heterodoxia de Ignacio sobre la lectura pormenorizada de los propios textos ignacianos, otorgando menor relieve a sus redes de relaciones personales.

Las peticiones de ingreso en la Compañía de Jesús formuladas por mujeres fueron numerosas. Esto se debió esencialmente a la difusión de los *Ejercicios espirituales*, pero también tuvo un papel significativo el deseo de implicarse en una labor pastoral en el seno de la sociedad, aspecto que distinguirá a los jesuitas de otras congregaciones religiosas nacidas en esta misma etapa de cambio frente a las órdenes religiosas tradicionales. Partiendo de la reconstrucción de la cuestión formulada por Isabel Roser solicitando tomar los votos de la orden jesuítica y de sus peticiones elevadas al pontífice, una parte interesante de este volumen es la que respecta a las estrategias llevadas a cabo por Ignacio de Loyola para tratar de no romper del todo su relación con Roser y con otras mujeres que solicitaban ingresar en la Compañía de Jesús. En algunos casos, como por ejemplo en el de las valencianas Sebastiana Eixarch y Juana de Cardona, fueron los mismos compañeros del fundador quienes salieron en defensa de esta causa, tal como escribió Diego Mirón a Ignacio: “Sienten tanto este punto de obediencia, que pluguiese a Dios muchos religiosos la mitad lo sentiesen”

(cit. en p. 317), suscitando probablemente –en palabras del autor– cierta incredulidad en el fundador, el cual, ante esta complicación y para hacer frente a esos deseos de creación de una rama femenina, puso en práctica una táctica dilatoria valiéndose incluso de habilidades propias de la diplomacia. Las razones de fondo que explican este comportamiento siguen todavía sin aclararse, pero esas mismas cartas citadas muestran una contradicción sustancial en las palabras de Ignacio (véase su carta-memoria a Miguel de Torres, cit. en p. 323), que oscila entre sostener que la Compañía no estaba bastante consolidada aún y que no era lo bastante numerosa como para aceptar una rama femenina, y la afirmación de que las antiguas órdenes habían demostrado claramente que las mujeres entrañaban el riesgo de generar escándalos. No es casualidad que Ignacio proyectase, en cambio, soluciones provisionales y de compromiso, como la que planteaba la creación de una “compañía de señoras” que habría contado con los jesuitas solo como padres espirituales. En sustancia, el autor sostiene que Ignacio tenía una posición misógina, porque estaba convencido de que el cuarto voto al papa que conllevaba la movilidad de los miembros de la Compañía no se podía aplicar de ninguna manera al mundo femenino, pero también porque le preocupaba, con mucho más celo, esta excesiva petición de autonomía por parte de las mujeres. Es interesante asimismo el espacio dedicado a las figuras femeninas italianas o que actuaron en Italia en favor de la Compañía, pero que no se aborda con una bibliografía de referencia adecuada. Para poner solo un ejemplo al respecto, pienso en el caso florentino estudiado por Kathleen Comerford. Esto denota en el volumen una atención casi exclusiva a la dimensión española de la Compañía de Jesús, que resulta innegable sobre todo para sus orígenes, pero que no era única, si pensamos en cambio en la marcada vocación universalista del pensamiento ignaciano.

Tal vez, se puede decir que siguiendo esta sucesión de mujeres se produce una especie de cesura en relación con el propio nacimiento de la Compañía. Si hasta aquel momento las mujeres vinieron desarrollando un papel importante para Ignacio incluso como apoyo psicológico y material de su trayectoria espiritual, la fundación de la orden conllevó a su vez un cambio de perspectiva: las mujeres se convierten en un lastre, seguirán desempeñando un papel relevante como intermediarias y en el patronazgo que ya habían desarrollado en España, pero cada una de sus peticiones a Ignacio solicitando ingresar en la orden será desatendida. Reconstruida así esta historia de las relaciones entre Ignacio y las mujeres parece, por tanto, una historia de fracasos femeninos, pero si, por el contrario, se hubiese puesto mayor atención a lo obrado por estas mujeres, aun siendo ajenas formalmente a la orden, se habrían podido ilustrar mejor los procesos de interiorización de la misión jesuítica que marcaron ciertamente las vidas de algunas de ellas y que repercutieron en diversas experiencias religiosas “activas”, dirigidas por mujeres y vinculadas a la Compañía en las siguientes centurias.

De la lectura de este volumen salimos habiendo aprendido seguramente más acerca de las relaciones de Ignacio con las mujeres y repasando un número considerable de acontecimientos y episodios de la vida de Ignacio. Nos queda, sin embargo, la sensación de que esta gran mole de datos (la propia elección de reproducir íntegramente las cartas resulta, por una parte, meritoria, pero, por otra, entraña el riesgo de no aislar aquellos elementos más peculiares que hubiesen destacado más claramente mediante una síntesis comentada de las mismas) habría debido ser metabolizada de manera más selectiva. Probablemente, esto también deriva del uso que se hace de la bibliografía jesuítica reciente, que no parece que se discuta en el volumen de forma

adecuada (que, como he señalado, presenta referencias por lo general más abundantes a obras españolas). Asimismo, al ilustrar temas que son objeto de análisis, se advierten pistas de investigación más adecuadas a las nuevas cuestiones planteadas por la historiografía. La galería de personajes femeninos que recorren las páginas del volumen se queda limitada a trazos superficiales, dejando sin abordar en parte cuestiones esenciales de porqué Ignacio negó de diversas formas el papel central que habían tenido las mujeres en su formación hasta el punto de impedir su ingreso en la Compañía de Jesús. En este sentido, la política reciente de la Compañía, sin llegar obviamente a considerar la creación de una rama femenina de la orden, parece, no obstante, haber retornado a los orígenes merced a la importancia siempre creciente que se viene dando a las mujeres y a su papel social y religioso para la construcción de la comunidad eclesial.

Sabina Pavone
Università degli studi di Macerata
sabina.pavone@unimc.it

Traducción del italiano: Bernardo J. García García